



Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ
Eighteenth Sunday in Ordinary Time— Year A

The Two Hungers: Filling the Body, Feeding the Soul

There is an old adage: “One cannot preach to people with empty stomachs.” You can have the finest homily, the most beautiful theology, the most urgent good news — but if the man in front of you has not eaten since yesterday, your words will not reach him. His body will not let them in.

That is exactly what we find in today’s Gospel. Jesus is in a deserted place. The crowd before him is tired, sick, and hungry — genuinely hungry, the kind of hunger that growls in the stomach and weakens the knees (Matthew 14:13–21). And notice: Jesus does not spiritualize their hunger away. He does not say, “Never mind your stomachs, think of your souls.” No. His heart is moved with pity. He heals the sick. And then he turns to his disciples and gives them a command that still unsettles us today: “Give them some food yourselves” (Matthew 14:16). Not, “I will do it for you” — but, “you, give them food.” Jesus himself will not preach to empty stomachs. He feeds first.

That command has not expired. Here in Los Angeles County, physical hunger is not a parable, it is a street corner. It is a family stretching benefits that run dry by the third week of the month. It is an encampment under a freeway overpass. If our charity stays inside these church walls, brothers and sisters, we have not yet heard the Gospel — we have only admired it.

But there is a second hunger, one no bread alone can satisfy. Even when the stomach is full, something in us still aches. We are surrounded by five bars of signal and still feel alone. We chase a promotion, a follower count, a title — and the ache does not go away. Isaiah already knew this three thousand years ago: “Come, all you who are thirsty... come, without paying and without cost” (Isaiah 55:1–3). Our deepest hunger is not for more — it is for home. It is homesickness for God.

And how is that hunger fed? Not by anything we earn. St. Paul answers with words I have carried with me from mission to mission: “What will separate us from the love of Christ?” And then, like a man who has tested every possible door and found them all locked against him: nothing. Nothing “will be able to separate us from the love of God in Christ Jesus our Lord” (Romans 8:35, 37–39).

Feed the body first, brothers and sisters — that is the missionary’s old wisdom, and it was Jesus’ own practice before it was ours. Only then can the deeper word take root: that we are loved without condition, without cost, without limit. And once we have tasted that love, we are no longer anxious consumers — we become the ones who say, with Jesus, “Give them some food yourselves.”

So I leave you with two questions this week, and I ask myself the same:

Where is God asking me to see his own face in someone who is hungry or without shelter, right here in this city?

And in a place that measures us by our productivity, how will I let myself be fed — this week — by a love I did not earn and cannot lose?

Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ
XVIII Domingo Ordinario— Ciclo A

Las dos hambres: llenar el cuerpo, alimentar el alma

Hay un viejo dicho: “No se puede predicar a personas con el estómago vacío”. Uno puede tener la mejor homilía, la teología más hermosa, la buena noticia más urgente; pero si el hombre que está delante de uno no ha comido desde ayer, las palabras no le van a llegar. Su cuerpo no las dejará entrar.

Eso es exactamente lo que encontramos en el Evangelio de hoy. Jesús está en un lugar despoblado. La multitud que tiene delante está cansada, enferma y hambrienta: verdaderamente hambrienta, con esa hambre que ruge en el estómago y debilita las rodillas (Mateo 14:13–21). Y fijémonos bien: Jesús no espiritualiza su hambre ni la hace desaparecer con palabras. No dice: “No se preocupen por sus estómagos, piensen en sus almas”. No. Su corazón se conmueve de compasión. Sana a los enfermos. Y luego se vuelve hacia sus discípulos y les da un mandato que todavía hoy nos incomoda: “Denles ustedes de comer” (Mateo 14:16). No dice: “Yo lo haré por ustedes”, sino: “ustedes, denles de comer”. Jesús mismo no predica a estómagos vacíos. Primero alimenta.

Ese mandato no ha caducado. Aquí, en el condado de Los Ángeles, el hambre física no es una parábola: es una esquina. Es una familia que estira sus beneficios, que se acaban para la tercera semana del mes. Es un campamento bajo un paso elevado de la autopista. Si nuestra caridad se queda dentro de estas paredes de la iglesia, hermanos y hermanas, todavía no hemos escuchado el Evangelio: solo lo hemos admirado.

Pero hay una segunda hambre, una que el pan por sí solo no puede saciar. Incluso cuando el estómago está lleno, algo dentro de nosotros sigue doliendo. Estamos rodeados de cinco barras de señal y aun así nos sentimos solos. Perseguimos un ascenso, un número de seguidores, un título, y el vacío no desaparece. Isaías ya lo sabía hace tres mil años: “Vengan, todos los sedientos... vengan, sin pagar y sin costo” (Isaías 55:1–3). Nuestra hambre más profunda no es de tener más: es de volver a casa. Es nostalgia de Dios.

¿Y cómo se alimenta esa hambre? No con algo que ganamos. San Pablo responde con unas palabras que he llevado conmigo de misión en misión: “¿Qué podrá separarnos del amor de Cristo?”. Y luego, como alguien que ha probado todas las puertas posibles y ha descubierto que ninguna puede cerrarse contra él, responde: nada. Nada “podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 8:35, 37–39).

Alimenten primero el cuerpo, hermanos y hermanas: esa es la antigua sabiduría misionera, y fue práctica de Jesús antes de ser nuestra. Solo entonces puede echar raíces la palabra más profunda: que somos amados sin condición, sin costo y sin límite. Y una vez que hemos probado ese amor, ya no somos consumidores ansiosos; nos convertimos en quienes dicen, con Jesús: “Denles ustedes de comer”.

Así que esta semana les dejo dos preguntas, y me las hago también a mí mismo:

¿Dónde me está pidiendo Dios que vea su propio rostro en alguien que tiene hambre o no tiene techo, aquí mismo en esta ciudad?

Y en un lugar que nos mide por nuestra productividad, ¿cómo me dejaré alimentar —esta semana— por un amor que no he ganado y que no puedo perder?